

**MARIANO ÁLVAREZ GÓMEZ
Y LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS**

Excmo. Sr. D. JUAN ARANA CAÑEDO-ARGÜELLES

Muy pocos de los presentes desconocerán que tengo pendiente con Mariano Álvarez una deuda impagable, de manera que mis palabras en modo alguno van a servir para saldarla, sino tan solo para reconocerla. Él fue, en efecto, responsable en muy alto grado de mi ingreso en esta Academia y por tanto de que hoy esté con ustedes. La gratitud tiene que ser tanto mayor por cuanto en el momento en que recibí su llamada proponiéndome promocionar mi candidatura, no existía entre nosotros relación de discipulado o afinidad temática, ni siquiera de proximidad geográfica. Tampoco amistad profunda, sino tan solo la que nace de la cortesía entre colegas y del aprecio recíproco de nuestro trabajo. No habíamos tenido oportunidad de intimar hasta el punto de saber él cuáles podrían ser mis convicciones éticas, políticas o religiosas. Por supuesto, tampoco yo conocía las suyas. Nunca habíamos comentado nada de nuestra vida personal o familiar. Tan solo nos habíamos leído y escuchado, y no en lo que constituía el núcleo de la dedicación de cada uno, sino en las zonas de intersección. En efecto: él era metafísico; yo filósofo de la naturaleza; por edad me adelantaba más o menos media generación. Geográficamente siempre estuvo centrado en Salamanca, aunque mantenía fuer-

tes lazos con Alemania. También yo completé en universidades alemanas mi formación, pero de un modo más tangencial y efímero; tras estudiar en Navarra toda mi vida profesional se había desarrollado en Sevilla. Él era un hegeliano convencido, aunque de un modo harto original; yo más bien me había convertido en un desengañado de Kant. A pesar de que luego los encuentros en la Academia estrecharon mucho nuestra relación, nunca acabaron de descorrerse todos los velos. Por ejemplo, ejemplo que me hace sonreír ahora, nunca me atreví a confesarle que el libro de Popper *La sociedad abierta y sus enemigos*, que él consideraba deleznable, siempre había sido uno de mis preferidos. Sólo en un punto coincidíamos, para no hacer perfecta la desconexión: el común aprecio del hombre y la obra de Jorge Luis Borges.

Las circunstancias en que conocí a Mariano Álvarez son de lo más convencional: a principio de los años ochenta coincidimos en unas oposiciones a cátedra de historia de la filosofía. Por aquel entonces constituían pequeños maratones académicos que, cuando como en aquella ocasión dirimían media docena de plazas, podían muy bien durar un par de meses. Las de filosofía solían celebrarse en el antiguo instituto Luis Vives del Consejo y los opositores de provincias desembarcaban en él, a ser posible con un amigo

que estuviera atento a las convocatorias, aportase ánimos —es decir, lo que hoy llamaríamos *asistencia psicológica*— y ayudase a preparar el temario del quinto ejercicio que el tribunal daba a conocer en el acto de presentación. Allí acudí, recién doctorado en fase de adquirir experiencia y ayudar a un colega, y allí conocí a Mariano, que acudió solo, aunque aureolado por el prestigio que le daba su sólida formación y el hecho de haber publicado en *alemán* un libro del que todos hablaban admirativamente. A pesar de no tener en el tribunal ningún padrino reconocido, era uno de los fijos en todas las apuestas. Yo escuchaba los ejercicios de todos los candidatos para apreciar dónde estaba el nivel, y pude comprobar que en el caso del opositor salmantino su fama estaba perfectamente justificada. En las largas esperas y antesalas, empezamos a hablar y me cayó muy bien la llaneza castellana de su temperamento y la falta absoluta de envanecimiento a pesar de sus méritos. Al estar de alguna manera *descontado*, mi compañero no tomó a mal que le prestase algún pequeño servicio, como avisarle de quiénes habían sido convocados para el día siguiente, o ayudarle a cargar con las maletas de libros en la encerrona. Al final tanto él como mi amigo obtuvieron plaza y todos nos volvimos muy contentos a nuestras casas.

Unos años más tarde, siendo Mariano ya catedrático y decano en Salamanca me cursó una invitación para participar en la celebración del centenario de Isaac Newton en su calidad de presidente de la Sociedad Castellano-Leonesa de Filosofía. Inicié una larga y fructífera colaboración con dicha entidad, certeramente dirigida por el Profesor Álvarez y luego por la Profesora Maricarmen Paredes, cuyo talento organizativo y solvencia profesional le ha ganado el aprecio de todos. Entonces descubrí que tanto Álvarez como Paredes, a pesar de tener una autoridad indiscutible en el campo de la metafísica y de la historia de la filosofía, sentían una preocupación muy especial por la interdisciplinariedad, lo que les llevó a entablar relaciones fructíferas con especialistas en otros campos del pensamiento, tratando de ser fieles al viejo ideal de la filosofía como búsqueda de y apertura hacia todo tipo de saberes capaces de satisfacer la curiosidad humana y elevarla por encima de los límites de su condición. Ello explica la enorme ilusión con que Álvarez afrontó su incorporación a esta Real Academia y tal vez aclare por qué trató en un momento dado de reclutarme para el trabajo que en ella se realiza.

Pues bien: quisiera en este día consagrado a su recuerdo pasar rápida revista a las contribuciones académicas de Mariano Álvarez, esto es, a su discurso de ingreso de 2007 y a las ocho

memorias que entre 2008 y 2017 presentó en las sesiones ordinarias, las cuales figuran en los correspondientes anales. Como ya he comentado, Mariano Álvarez era ante todo y sobre todo un *metafísico*, uno de los pocos de primer nivel que quedaban en nuestro país, y en este sentido el hueco que deja su desaparición va a ser difícil de cubrir. No obstante, estaba por completo alejado del ensimismamiento que con frecuencia profesan los cultivadores de esa difícil ciencia. Lo evidenciaba el interés con que seguía la actualidad más cercana, su esfuerzo por mantenerse al día de todas las novedades importantes en el campo del pensamiento y el arte, sus frecuentes y oportunas intervenciones en los debates académicos, incluso los correspondientes a las clases de economía, sociología y ciencias políticas. No en último lugar, lo demuestra igualmente la producción intelectual de estos años.

Su discurso de ingreso, titulado *El problema de la libertad ante la nueva escisión de la cultura*¹, es una prueba fehaciente de la atención con que seguía el día a día del escenario cultural. Dos conocidos neurocientíficos alemanes, Gerhard Roth²

¹Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 2007. 210 pp.

²G. Roth, *Aus Sicht des Gehirns*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2003.

y Wolfgang Singer³ habían suscitado en 2002/2003 un encendido debate sobre la capacidad que tiene el ser humano para gestionar de modo responsable sus propias decisiones. Cuestionaban incluso la imputabilidad de criminales y delincuentes, lo que hizo que se viera obligado a salirles al paso nada menos que Hennig Sass, presidente de la Sociedad Europea de Psiquiatría⁴. Mariano Álvarez, en lugar de diseñar un concepto estratosférico de libertad, basado exclusivamente en la especulación pura y el diálogo con los clásicos, no desdeña en esta obra pisar la arena de la investigación empírica para conocer en detalle las pruebas y argumentos de sus cultivadores. Examina con ecuanimidad las tesis de los exponentes más destacados del naturalismo cientificista, naturalismo que parte de la investigación positiva y desembarca en la filosofía sin tomarse demasiado la molestia de explorar las consecuencias últimas de sus presupuestos. Evitando la descalificación fácil y el encastillamiento en los bastiones de la filosofía pura, Álvarez ahonda en una de las más sutiles paradojas de la posición naturalista. Ésta, en efecto, pretende reducirlo todo a las objetividades que la ciencia natural estudia, lo cual implica barrer del esce-

³ W. Singer, *Der Beobachter im Gehirn. Essays zur Hirnforschung*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2002.

⁴ Véase Ch. Gelitz, «No cabe una predicción fiable del acto criminal», *Mente y Cerebro*, 43, 2010, pp. 41-3.

nario cualquier referencia a lo subjetivo. Siguiendo el hilo del propio discurso naturalista, muestra cómo la subjetividad supuestamente excluida resurge dentro de él, sólo que hipostasiada en el cerebro u otras estructuras materiales:

Decir “para el cerebro” es un tanto equívoco, pues es como si el cerebro tuviera conciencia. Y algo similar ocurriría con la expresión “desde el punto de vista del cerebro”. En realidad, esto nos lleva a darnos cuenta de que ineludiblemente caemos en una cierta trampa, si pretendemos hablar del cerebro al margen de la conciencia, pues no es posible decir nada sobre el cerebro si no es desde la conciencia. Sobre esto será preciso volver más adelante. Dejemos aquí apuntada la paradoja: el cerebro no conoce ni tiene lenguaje. Él no es capaz de atribuirse nada. Sólo la conciencia puede hacerlo en su lugar⁵.

Similar cuidado por aunar el pensamiento más abstracto y la referencia más directa al entorno inmediato patentiza la primera de sus memorias académicas, *Sobre la raíz de la utopía*, de 2008⁶. Al hilo de los debates que suscitó la caída del muro

⁵M. Álvarez, *El problema de la libertad...*, p. 48.

⁶*Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, LX, núm. 85, 2008, pp. 207-219.

de Berlín y el derrumbamiento de los regímenes comunistas de Europa del este, la reflexión de Álvarez se centra en la aparente quiebra de sus utópicas esperanzas. De acuerdo con su diagnóstico, más que una utopía,

...lo que había era simplemente la fe en la planificación, la burocracia y lo que a ésta va unido: la corrupción. La razón más determinante del fracaso tuvo que ver con la convicción, convertida en reflejo ideológico, de la “irrefutabilidad de la ley histórica”, una idea que a veces se vincula a Hegel sin fundamento alguno⁷.

¿Quiebra entonces definitiva de los horizontes utópicos? Nada de eso, pues como concluye su análisis:

No es casualidad que las utopías hayan sido abundantes en la época moderna y en la contemporánea. Esto tiene que ver con el hecho fundamental de que con el comienzo de la modernidad el hombre ha pasado a ser, mediante el ejercicio de su razón, protagonista de la realidad en un grado muy superior a como lo había hecho hasta entonces y sobre todo de una forma muy diferente⁸.

⁷ M. Álvarez, «Sobre la raíz de la utopía...», p. 210.

⁸ M. Álvarez, «Sobre la raíz de la utopía...», p. 218.

Mariano Álvarez supo aunar el estudio de las grandes cuestiones filosóficas con la atención a los autores y obras cumbres de la literatura universal, y enseñó a muchos que la excelsitud de un texto desde el punto de vista estético no menoscaba las enseñanzas de todo orden que pueden y deben extraerse de él. En los Anales de la Academia dejó dos muestras sobresalientes de este proceder. Una, la memoria de 2013⁹ *Metafísica y tragedia. Consideraciones en torno al ‘Edipo, rey’, de Sófocles*; otra, el texto *Destino y libertad. Reflexiones sobre la obra de Jorge-Luis Borges*, de 2009¹⁰. En su lectura de la tragedia griega, Álvarez traza con mano diestra sus líneas de fuerza. Con habilidad de cirujano levanta capa tras capa de su estructura dramática, hasta sacar a la luz las coyunturas más profundas. Lo que a primera vista puede confundirse con una acción centrada en la inexorabilidad del destino, se revela más bien como la tragedia de la apariencia humana, que modula de acuerdo con los diversos sentidos que la noción de apariencia tiene, lo que da lugar a la épica lucha del protagonista por la verdad, fiel al imperativo insobornable de que aparezca tras todos los impedimentos que la ocultan. La grandeza del personaje, grandeza ciertamente meta-

⁹ *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, LXV, núm. 90, 2013, pp. 239-257.

¹⁰ *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, LXI, núm. 86, 2009, pp. 637-659.

física, se manifiesta en esa inexorable voluntad de sacar a lo escondido y tenebroso a la plena luz del día, aunque ello suponga la pérdida de su mundo, de su esposa-madre y de sí mismo.

El texto relativo a Borges se centra —en continuidad con el dedicado a Sófocles— en la contraposición libertad/destino. El griego sublima el conflicto entre una y otro en el acto heroico mediante el cual, aquel cuya libertad fracasa por culpa de una ignorancia invencible, sin embargo consigue recuperarla por la lúcida grandeza con que lo asume. Al leer a Borges, Álvarez profundiza en los sentidos de “libertad” como antes había hecho con los de “apariencia”¹¹.

A propósito de aquélla, con frecuencia lo relevante no es elegir entre un *sí+ y un *no+, sino aclarar de qué libertad estamos hablando y sobre todo a quién se la estamos atribuyendo. Autores férreamente alineados en el bando determinista, como Spinoza o Schopenhauer, acabaron elabo-

¹¹ «En resumen, podemos distinguir un triple nivel de la libertad; a) el antropológico, en virtud del cual podemos obrar o no, hacer esto o aquello; b) el ontológico, que nos permite asumir la concatenación de causas y efectos y vernos a nosotros mismos, mediante la razón, como cumpliendo lo que es el proceso de la realidad y, en este sentido, al asumirlo, considerarnos como determinados, c) el metafísico-religioso, que nos permite vernos como copartícipes de unos designios, misteriosos por indescifrables, que ayudamos a cumplir en tanto que obramos con justicia». M. Álvarez, «Destino y libertad...», p. 646.

rando toda una doctrina de la libertad, aunque fuera para endosarla a la Sustancia o la Voluntad. Como buen schopenhaueriano, Borges tiende a descreer de una libertad que resulte demasiado epidérmica y sobrenade a las experiencias psíquicas de un sujeto con pretensiones de ser dueño de sí. Nos concibe inmersos en un laberinto de causas-efectos y cree que sería ineludible poseer algo parecido al hilo de Ariadna para salvar nuestro hipotético albedrío en las bifurcaciones que abordamos en condiciones de apasionamiento o ignorancia. Si queremos jugar una partida de ajedrez con el *fatum*, hemos de saber que estamos ante un jugador de ventaja, que repone las piezas perdidas e introduce nuevas reglas a capricho. Borges tiende a dejar el destino en las ignoradas manos que lo gobiernan y prefiere, siguiendo una línea de pensamiento que arranca en los estoicos, entablar la batalla de la libertad en cómo asumir y gestionar ese destino ciego que nos viene impuesto. Álvarez desplaza con perspicacia su análisis, y pasa de estudiar el posicionamiento del hombre frente a la libertad a considerar su actitud hacia el destino.

Por múltiples que sean las cuestiones que interesaron a nuestro compañero de Academia y ricas las perspectivas teóricas que elaboró, hay un eje que vertebra el esfuerzo teórico de su vida y ese eje pivota sobre tres filósofos de primerísi-

ma magnitud a los que estudió sin desmayo durante decenios: Aristóteles, Nicolás de Cusa y Georg Wilhelm Friedrich Hegel. Como signo y compendio nos dejó en los *Anales* cuatro piezas que en cierto modo quintaesencian su itinerario como estudioso de estos gigantes del pensamiento: *Nicolás de Cusa. Perfil de un pensamiento innovador* (2010)¹², *El significado de la dura expresión: “Dios ha muerto”* (2011)¹³, *Nicolás de Cusa ante la cuestión de las pruebas de la existencia de Dios* (2012)¹⁴ y, como síntesis y compendio de todos ellos: *El principio de no-contradicción: la formulación aristotélica y su vigencia en Nicolás de Cusa y Hegel* (2014)¹⁵. Lo primero que hay que decir al respecto es que al pasar de uno de ellos a los otros, Álvarez no entendía que debiera hacer borrón y cuenta nueva, como si sus puntos de vista fueran irreconciliables: era la misma ambición teórica y un único afán de esclarecimiento lo que le llevan a abrazar a los tres y a muchos otros filósofos dentro del mismo proyecto teórico. Con ello se enfrentó a las conclusiones o bien a los prejuicios de la mayoría, que no ve —a fuer de

¹² *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, LXII, núm. 87, 2010, pp. 417-434.

¹³ *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, LXIII, núm. 88, 2011, pp. 505-521.

¹⁴ *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, LXIV, núm. 89, 2012, pp. 127-146.

¹⁵ *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, LXVI, núm. 91, 2014, pp. 445-459.

sincero añadiré: no vemos— la forma de conjugar perspectivas teóricas tan contrastadas. En lugar de banalizar la dificultad, Álvarez busca la solución precisamente en el punto más conflictivo: el principio de no contradicción, del que la historiografía presenta a Aristóteles como principal valedor, y a Cusa y Hegel como los más notorios negadores. Excavando con paciencia y maestría en las profundidades del contencioso —sin duda uno de los más intrincados de la metafísica—, encuentra líneas de síntesis, que apuntan en particular a la definición aristotélica de movimiento, que se podría calificar de cuasi-dialéctica y no tan alejada de la idea hegeliana de la contradicción como motor del universo. Algo equivalente ocurre con la idea cusiana de la *coincidentia oppositorum*. En definitiva:

...si se tiene en cuenta que dicho principio brota de las cosas mismas, en tanto que ley y a la vez expresión de su auténtica realidad, se comprende que las ideas de los autores mencionados son coherentes con la forma en que el principio fue concebido y elaborado por Aristóteles, quien profundizó como pocos en la índole del pensamiento y sus normas¹⁶.

¹⁶M. Álvarez, «El principio de no-contradicción...», p. 459.

Hay varias formas de reconciliar desacuerdos: una radica en superficializar las diferencias y otra muy distinta, en la que Mariano Álvarez sobresa-
lía, consiste en profundizar en ellos hasta encontrar las raíces donde empiezan a producirse convergencias. En este punto la afinidad de nuestro co-adémico con Nicolás de Cusa es llamativa, puesto que este hombre bregó toda su vida con las tensiones entre conciliaristas y curialistas, o entre la Iglesia de Oriente y Occidente, buscando sin desmayo soluciones que recogieran la verdad de cada parte, sin perjuicio de los derechos de la visión integradora en que habrían de ser reconciliadas.

Para terminar, mencionaré la última contribución de Mariano a nuestras sesiones ordinarias, la memoria *La razón ante la historia*, leída el 8 de noviembre de 2016 y aportada como último legado¹⁷. Con ella, se puede decir que acabó por donde empezó, con un tema de filosofía de la historia, que así cerraba sobre sí misma, abriéndose a la vez a horizontes que la trascendían, y en los que a aquellas alturas de su recorrido nuestro entrañable compañero y amigo tenía ya puestos, no los cansados ojos de su cuerpo, sino los siempre lúcidos de su espíritu.

¹⁷ M. Álvarez, «La razón ante la historia», *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, LXIX, 2017, pp. 43-56.